



NANDA-JI

Por Ada Albrecht

Parte I

El alma del santo Nanda¹ fue la copa de cristal purísimo donde Dios bebió la ambrosía de la Gran Devoción. Para Nuestro Señor, no existe en toda la vastedad de Su mundo, nada tan apreciado como el Amor de sus *Bhaktas*.

Y Nanda el *Paria*², escanció en sus divinos labios hasta la saciedad esa miel de mieles que nace de las flores humanas, acunadas en el jardín de la Fe.

Este Rey de Reyes nació en la aldea de Adhanor, Madrás, hace alrededor de mil doscientos años.

En la Antigua India, un sin casta era peor que un mendigo, casi peor que un *Chandala*³. Todo bien de fortuna, le fue ne-

¹ El presente relato se halla basado en gran parte en la vida real del santo Nandanar —también conocido como Tirunalaipovar— narrada en el libro titulado *Periya Purânam*.

² Alguien no perteneciente a ninguna de las castas tradicionales de la India. Las cuatro principales son: *Brahmines* (sacerdotes), *Kshatryas* (guerreros), *Vaishas* (comerciantes) y *Sudras* (artesanos).

³ Persona de baja casta, es decir, inferior a las cuatro principales.

gado desde su ingreso a este laberinto que llamamos vida. Y le fue negado porque quien se alimenta del recuerdo de Dios constantemente, nada más necesita, ya que ha salido del parque de juegos infantiles donde se recrea la ambiciosa mente de los hombres niños.

En realidad, nadie es más ambicioso que un ser de santidad. Él no se conforma con los juguetes que la Madre Tierra suele poner a disposición de sus hijos, no cambia el Tesoro Real —el Amor a Dios—, por algunas cuentas de colores brillantes a las que se les da el pomposo nombre de “fortuna”.

Él sabe muy bien —porque ve claro— dónde está la Verdadera Joya; él —por quien sabe qué magia celeste— es el único que puede diferenciar el oro de la arcilla. Entiende que en la casa del tiempo, todo es vago y transitorio, huidizo como el viento, y no se aviene a poner los ojos en sus supuestas riquezas.

Él quiere el Todo y es indiferente a las partes. Con la más grande sabiduría, se encoge de hombros y da la espalda a toda fruslería que sólo ejerce su hechizo en los mojigatos. El poder dominar el mundo, poseer el imperio de la Tierra, sus montañas de esmeraldas y brillantes, el ser honrado, servido, glorificado, el vivir para la satisfacción de ambiciones y deseos, lo tienen sin cuidado. No es un tonto, ni un torpe, ni un necio. Ha

puesto el barco de su esperanza proa al Infinito, ya no se detiene en la contemplación de las doradas costas, ni quiere otro puerto que Aquel que es el Origen de todos los puertos.

Un santo es la criatura más extraña que existe, porque estando en el mundo, no pertenece a él; viviendo en un cuerpo, es todos los cuerpos a la vez, como Dios mismo; teniendo ojos, no ve; teniendo oídos no oye; teniendo mente, no la direcciona al taller de las aleaciones equívocas donde aquello que es oro purísimo —el *Âtman* o Espíritu— se suele fundir con el plomo de la codicia material; no cambia la gota de la vida por el océano de la Eternidad. Un santo sólo ve, oye, aspira y gusta la presencia de Dios en todas las cosas. Se ha convertido en refulgente Pupila del Cielo y ve al Cielo y a su Creador en toda manifestación. Tanto Lo contempla, que es indiferente a toda otra contemplación, pues solemos querer aquello con lo cual nuestra conciencia se conecta, y la del santo, que se ha unido ya a la Luz Una, sorteas, con alegría el resplandor de la efímera llama del fuego de *Mâyâ*¹.

No anhela el universo; anhela a su Creador. Quiere a Dios, y se estremece sólo por Dios. Vive, pero está ausente de todo, y por ello, de algún modo podríamos decir que ya está muerto, que está seco, como el árbol descuajado por un temporal, por-

¹ La pasajera ilusión a la que llamamos “mundo”.

que el hombre de santidad ha sido desterrado del mundo por los vientos celestiales de la devoción. Entre sus ramas ya no hay flores, ni brotes nuevos, ni temor ante la presencia del invierno. Primavera y otoño no existen más; es un exilado en el país del Infinito.

El verdadero Maestro de la Humanidad es precisamente, el hombre de santidad. Nos lleva de la mano del Amor a las tierras de la Bienaventuranza Celeste. ¡Qué poco caso hacemos de él, con qué emoción superficial solemos contemplar su paso por el mundo! Hoy la historia de su vida nos arranca lágrimas pero mañana... mañana debemos servir nuevamente a nuestro Rey: el mundo. De modo que conviene olvidar y tomar asiento una vez más en el tiovivo de las ambiciones, cuyo dueño y soberano es este pequeño yo, jamás ahíto de sus innumerables vueltas que no van a parte alguna, o mejor dicho que sí van, tarde o temprano, a las tierras del hartazgo, la angustia, el desasosiego, porque si hay criatura que jamás halla sino satisfacciones temporales en su laborioso quehacer, esa es la criatura humana.

Todo esto lo sabe el alma del santo y por ello, como decíamos, no se sujeta a sus lazos. Miremos si no, a nuestro Nanda. Si es difícil la santidad para un *Brahmín*, un *Kshatrya* o un *Vaisha*, la misma es casi imposible para un *Paria* hindú. Despreciados, envilecidos, fustigados, escarnecidos, suelen

agruparse en oscuros choceríos con paredes hechas de hojas de palmera, o restos de cartones y papeles de diario hallados al acaso o entre los desperdicios de los basurales. Allí subsisten, a veces con temor a salir al exterior por la cotidiana limosna diabólica del escarnio y hasta una que otra piedra arrojada por la mano de un *Sudra* y hasta por la de un altanero *Brahmín* para quienes la presencia de un “intocable” es signo de mal augurio.

Las lluvias constantes de ese subcontinente tropical suelen cubrir de charcos lodosos los serpenteantes vericuetos llamados caminos que se enredan entre el chocerío. Perros totalmente pelados —sabido es que la pelambre del animal es el resultado de un buen alimento pleno de proteínas, al cual no tienen acceso los pobres canes hindúes— con sus patas curvadas por la descalcificación que sufren sus huesos, deambulan fantasmagóricos de aquí para allá, buscando lo imposible, o sea, un poco de alimento. Como un regalo del Cielo, sobre los techos de las chozas o casas mejor edificadas, suelen descansar los múltiples brazos de trepadoras, entre ellas, de calabazas y zapallos que aquí y acullá dejan caer sus frutos como si fueran una ofrenda de la Tierra a sus hijos más pobres.

Cacharros de barro cocido, algunos sanos, otros rotos, enmarcan las viviendas de esos desdichados, y por supuesto, el conglomerado humano en sus tareas cotidianas. Semidesnu-

dos los más, mal vestidos los menos y apenas alimentados, son un cuadro de miseria constante. Como la religión oficial no les permite acceso a los Templos, y como el espíritu indio, aunque de intocables se trate, posee más que ningún otro pueblo del mundo una marcada tendencia a la devoción, ellos, los *Parias* adoran a los *Rakshasas*¹ y otros espíritus menores.

A esto no se avenía el espíritu de Nanda. Él amaba a Shiva, el Dios de la Misericordia total, el que nos libera de las tierras de la Ilusión del mundo otorgándonos la gracia de la Realidad. De lejos, solía admirar la fachada de los Templos. Para él, eran el Cielo mismo, al cual no le estaba permitido ingresar; Nanda entonces, deambulaba alrededor de sus cuerpos de piedra ciñéndolos con los brazos invisibles de su Amor. ¡Cuánta gloria sería —pensaba Nanda niño— poder contemplar la imagen del Dios de la Liberación!

En la aldea, alguna abuela que exitosamente lograba llegar a la vejez, contaba acerca del Dios de Dioses:

“Él es muy bueno y compasivo, y ama a los sin casta del mismo modo que a los *Brahmines*. Nataraya² danza y danza, y

¹ Los *Rakshasas* son seres sobrenaturales con tendencia a la materialidad y las acciones brutales. A menudo se los llama demonios. Otra clase de seres parecidos son los *Yakshas*, que en general son más benevolentes que los primeros.

² Uno de los aspectos del Dios Shiva en el cual se lo representa realizando la danza cósmica del Divino Señor.

con cada paso libera de sus miserias a las criaturas humanas, a la vez que con Su pie derecho destruye el cuerpo de la Ilusión, de *Mâyâ*, del mundo manifiesto¹.”

Y Nanda niño, a través de los cuentos de los mayores, sentía que su corazón, como pajuela divina, se sumergía en las llamas de ese fuego abrasador del Amor. Corría luego hasta el campo cercano, e inventaba pasos de baile, con los brazos abiertos y los ojos iluminados con una extraña luz... Y reía y reía con el arroyuelo, con el viento, con las flores, porque Shiva estaba en ellos. El Universo era una gigantesca copa de cristal: la vida, era el licor escanciado en ella, que el Dios Shiva bebía sediento al término de sus danzas. Luego llegaba la noche y con la nueva aurora, todo volvía a recomenzar. El juego era infinito para todos, menos para aquellos enamorados plenamente de Dios. Estos gozaban de Su abrazo eterno y ya no se manifestaban jamás, a no ser como bendición bienaventurada.

Nanda poseía un pequeño tambor y cuando lo tocaba, él mismo era Nataraya creando los ritmos de la manifestación.

Un día pensó en construir tambores para los músicos del Templo. ¡Qué infinita alegría le embargó el corazón! El estaría presente en los tambores, estaría a los pies de Dios, lo vería

¹ Para el hindú, decir que el Señor destruye el mundo manifiesto equivale a decir que destruye la causa del dolor

danzar, se arrobaría de amor ante su imagen... Esta dulce tarea ocupó los años de su puericia y adolescencia.

Cuando su cuerpo pudo resistir las duras tareas del campo, su señor —porque los *Parias* no son libres, sino que pertenecen siempre a alguien de las castas superiores— lo envió a los arrozales. Con las piernas desnudas en el limo pasaba horas y horas cantando a su Padre del Cielo hasta entrada la noche. Era el primero en hacerse presente en el trabajo y el último en retirarse de él, como que era un *Bhagavatar*, esto es, un músico de Dios, y así le cantaba:

“Te agradezco mi Señor, el haberme hecho *Paria*. Sé que ello es lo mejor para mí. Tú que formas las corolas de los lotos y *champakas*, ¿no has de saber qué es lo mejor para cada hijo Tuyo? Al búfalo le otorgas fuerza, leche a Kamadhenu¹, brillo a las estrellas: a mí me hiciste *Paria* y es seguro que en esta condición estoy aprendiendo mejor que en ninguna otra cómo llegar hasta Ti. Tal vez si me hubieras hecho *Brahmín*, la arrogancia hubiera sido para mí un veneno peor que el de las cobras, y lleno de orgullo, en vez de cantarte, me creería el señor de la tierra. Si *Vaisha*, estaría haciendo grandes fortunas con mis negocios y no podría acordarme de Ti... ¡Oh Señor misericordioso, cuánta bondad posee Tu corazón! De todo me pri-

¹ Kamadhenu es la Madre Tierra representada como la vaca dadora de deseos. Todas las vacas son hijas de Kamadhenu.

vaste para que nada se interpusiera entre Tú y yo. ¡Nataraya, Nataraya, bendito seas! ¡Consérvame desnudo de bienes para que nunca deje de adorarte! Tú que eres la Luz del Universo, ¿no tendrás acaso la luz de la sabiduría necesaria como para saber qué es lo mejor para mí?”

Nanda tenía un sueño, un ideal, y este era visitar, siquiera de lejos, el Templo de Chidambaram, donde existía una magnífica imagen de Nataraya. Tan perfecta era dicha imagen que parecía ser un extraño espejo donde el *Deva* mismo parecía reflejarse. Sus dos pupilas en verdad contemplaban dulcemente a Sus fieles y Sus labios parecían impartir bendiciones.

Nanda quería verla y hasta que no lo hiciera su alma no tendría paz. ¿Y cómo la contemplaría siendo un *Paria*? ¡Ah, permanecería cerca del Templo e iría escuchando las narraciones de los bienaventurados *Brahmines*, *Kshatryas* y *Vaishas* que seguramente dejarían escapar algún comentario sobre esa maravilla del Cielo! ¡Eso sería suficiente para su corazón enamorado, que lo vería con los ojos de la devoción! Tal vez hasta lograría aspirar el perfume de los sagrados *agarbathis*¹ encendidos ante la misericordiosa presencia de su idolatrado. El aroma de las flores es una carta de amor enviada por Dios para los hombres, y el de los inciensos, una carta de amor

¹ Sahumerios.

de los hombres para Dios... Al aspirarlos, de una sutil manera, él participaría de ese idilio celeste...

Decíamos que Nanda era el primero en llegar al campo de labor y agregamos que era de los más trabajadores. Sin embargo, por su constante hablar de Dios, se hizo antipático a los ojos de su amo, quien consideraba una insolencia, una falta de respeto por parte de Nanda, un miserable *Paria*, el hecho de que pasase horas y horas cantando a ese Dios de las castas superiores. Así, como tenía plenos derechos sobre él — derechos de vida y muerte— solía castigarlo a más no poder. Cierta vez, los latigazos prodigados fueron tantos que el pobre Nanda cayó desmayado y estuvo al borde de la muerte por varios días. Se repuso milagrosamente, y lo primero que hizo, fue besar las manos de su verdugo:

“Dios me ha querido fortalecer la paciencia, y extraerme de las garras del apego al cuerpo material valiéndose de mi señor. Por lo tanto, mi señor es mi *Guru*.”

Y así, todos los días le llevaba un ramillete de flores de *champaka*, a las que depositaba humildemente en el dintel de la puerta de su amo de un modo anónimo, más no tanto como para que éste no supiera de donde provenían las mismas.

Cierta vez, Rakumar, el nieto de su señor, fabricó con pedazos de viejos cartones, una pequeña embarcación. La untó

con goma para volverla impermeable al agua y la llevó a un río cercano. Se lo veía a menudo con dicho juguete, lleno de infantil inocencia, simulando subir en ella y hacerse rumbo a la otra orilla. Aunque esto era completamente imposible para una mente adulta, era real para el pequeño que en alas de su imaginación, iba y venía de una costa a la otra, narrando sus encuentros con tigres y elefantes a cuantos quisieran escucharlo. Uno de ellos era Nanda.

Para Rakumar, que dada su corta edad no comprendía de segregaciones sociales, Nanda era su mejor amigo.

El abuelo de Rakumar, el “señor” de Nanda, su amo absoluto, comenzó poco a poco a cambiar para con éste. En el fondo de su corazón sabía que los castigos que le prodigaba eran injustos. Nanda era bueno, muy bueno. ¿Por qué entonces lo laceraba de continuo? Observaba el comportamiento de éste para con su nieto y muchas veces tuvo que reconocer a solas que ni él mismo trataba al niño con la delicadeza del *Paria*. Su endurecido corazón, comenzó a ablandarse, secretamente, y así, cierta vez que lo viera a la orilla del río, haciendo una especie de embarcadero de arena y piedras para la navecilla del pequeño, se acercó a ambos, y dijo a Nanda en tren de broma:

—Sabes Nanda, si te subes a esa embarcación de cartón y logras cruzar el río te dejaré ir a contemplar el Templo de Chi-

dambaram. En la otra orilla, las piedras de la playa semejan *Lingams*¹. Tráeme de regreso una, y podrás ir cuando quieras a realizar tu sueño.

Su ínfima capacidad de amar se manifestó de esa manera: por medio de la burla, del sadismo. Es claro que lo único que el amo de Nanda tenía en cuenta era que se había dignado hablar a un *Paria* con cierto tonillo amistoso, y esto lo hacía sentirse bien, tendiendo un manto de olvido sobre su acusadora conciencia que a menudo le reprochaba los injustos castigos que vivía prodigándole a Nanda.

¿Cómo hubiera tomado estas palabras una persona común? ¡Cruzar el río en una navecilla de cartón! ¡Cuánta maldad, cuánta burla! Es claro que Nanda distaba mucho de ser eso, una persona como todas. De modo que, embargado de felicidad, tomó la navecilla entre sus manos, la depositó sobre las aguas, y ante el asombro del río mismo, al poner el pie sobre la frágil superficie de cartón, se convirtió en el mejor barco marinerero, el cual cruzó fácilmente la torrentosa corriente del río de unos doscientos metros de ancho. Ya en la otra orilla, Nanda tomó la piedra más bella que se viera por los alrededores y regresó, depositándola a los pies de su dueño y señor.

¹ El *Lingam* es un símbolo sagrado del Dios Shiva.

Muy dentro del alma del cruel amo —y por Gracia Divina— tuvo lugar la transformación del oscuro y despreciable carbón, tornándose en un diamante, de la piedra, convirtiéndose en una maravillosa escultura.

—¡Nataraya, Nataraya! —exclamó entonces arrojándose a los pies de Nanda—. No Te vi, Dios mío, velado como estabas por el cuerpo de un *Paria*. ¿Qué he hecho Padre del Cielo? ¡He lacerado Tu cuerpo, Te he castigado, me he burlado de Ti! Mas, ahora comprendo, Tú eres el Señor del Universo, mi *Guru* ¡Oh Nanda, Nanda, Maestro y Luz mía, perdona mi trato infame, piensa que soy sólo un *Rakshasa* ciego de soberbia. No he sido yo quien te prodigara tantos malos tratos, sino la ignorancia residente en mí... ¡Ay, más me valiera haber muerto antes de hacer lo que hice!

Su mente llegó a un estado de locura. No podía ni siquiera él mismo —que reclamaba perdón— perdonarse por lo que hiciera.

La gente de los alrededores, al escuchar los gritos, comenzó a reunirse en la playa, entre ellos, los familiares y amigos del amo de Nanda, quien no cesaba de llorar, profiriendo alaridos como un poseído.

—Oídmeme todos —dijo, cuando el resuello se lo permitió—, a partir de ahora, Nanda no sólo será libre, sino amo mío, mi

señor y dueño. A partir de ahora, me convertiré en su sombra, en el polvo donde descansen sus pies, el pabilo que irá a quemarse para que no falte la llama en su noche.

Quiso agregar más, mucho más, pero los sollozos y las lágrimas no se lo permitieron y cayó nuevamente de rodillas, abrazado a los pies de Nanda. Todos se hincaron a la vez ante el *Paria*, quien, ausente del melodrama, sólo una cosa tenía en su alma: ¡Ya podía ir a Chidambaram! Comenzó a caminar, o a volar como el ave celeste que era en dirección a la anhelada ciudad. Todo el mundo lo seguía, el primero entre ellos, su ex amo. Así anduvieron por mucho tiempo, hasta que arribaron a la sagrada tierra donde se alzaba majestuoso el ambicionado hogar del Padre del *Moksha*¹, el Gran Liberador de las pesadas cadenas del Sueño cósmico que aflige a los mortales.

Entonces, vieron algo extraordinario. Los 2.999 sacerdotes del Templo, los *Dikshitar*s² (el número 3.000 es el mismo Nataraya) se hallaban reunidos formando un inmenso círculo en los jardines del Templo, como si fuera cada uno de ellos, un pétalo del loto sublime de la Fe. Allí estaban y con ellos toda la luz del mundo. Eran almas puras y bienaventuradas. Las enseñanzas del *Bhagavad Gîtâ*, el *Guru* de la Humanidad, el

¹ La liberación de las redes de la ilusión; la Unión con Dios.

² Los *Dikshitar*s son los sacerdotes protectores del Templo de Chidambaram, desde tiempos muy remotos hasta la actualidad.

Kohinor de los Libros Sagrados, estaba presente en sus expresiones de paz y contentamiento. Nanda y su extensa comitiva se acercaron cantando *Kirtams*¹ en honor a Nataraya. La tarde del mes de *Margashirsha*², sonreía dulcemente con su luminosa serenidad. Era la fiesta de la devoción. Uno de los sacerdotes se puso de pie:

—Nanda —dijo—, te esperábamos con impaciencia. Todos nosotros hemos tenido el mismo sueño anoche: el gran Nataraya avisó a cada uno de tu llegada. Nos ha ordenado recibirte con los honores reservados a los *Brahmines*. En cuanto a nosotros, hemos preparado el fuego del sacrificio; en él te sumergirás para quemar en ti lo que aún quede de humano. Al salir de él, serás un bienaventurado, un *Avatara* de la Fe sobre la Tierra.

Los tres mil sacerdotes se pusieron de pie, y Nanda fue conducido al gran *Yajña*, más cuando estaba a punto de abandonarse a las llamas, se vio aparecer a una figura inmensa que resplandecía como si fuera el corazón de todas las lunas del universo. Era Agni, el Dios del Fuego.

—¿Qué hacéis, desdichados? —exclamó, dirigiéndose a los sacerdotes—. ¿Acaso creéis que permanece en Nanda algo po-

¹ Cantos devocionales.

² Diciembre-Enero.

luto? Él es la Divinidad misma. ¡Yo, el gran purificador de todo lo creado, nada tengo que hacer en este caso! Es más, si una de mis llamas tocara el cuerpo del más grande devoto de Natara-ya, ¡yo mismo me consumiría como la gota de rocío herida por los rayos del Sol.

Y diciendo esto, retiró completamente su cuerpo de los leños, que se mostraron a los ojos de todos, ennegrecidos y humeantes, como embriones de mundos abandonados por el mismo Visvakarma¹.

Nanda presenciaba estos acontecimientos con una mente lejana. Todo él desesperaba por contemplar la imagen de su Padre Celeste, de modo que sin dilación fue llevado ante Él.

Lo que sintió el corazón de Nanda en ese momento fue algo absolutamente indescriptible, incomprensible por nosotros. En efecto, ¿qué puede saber una luciérnaga sobre el Sol, o la pequeña perdiz, sobre el vuelo del águila? Quedó en estado extático, y eso sí pudieron contemplarlo todos. Luego, como llama de lámpara que ha llegado a su fin, se desvaneció delante de la imagen y del *Sancto Santorum*.

Donde estuviera Nanda ya no había nada.

¹ El arquitecto de los *Devas*. Se lo asocia también con el Dios Brahmâ, el Creador del Universo.
so.

El bendito Templo se llenó de un extraño perfume y de sonidos de campanas miríficas. Eso fue todo.

Los sacerdotes no podían creer lo que estaba ocurriendo. Unos a otros se miraban, deseosos de comprobar si lo que habían presenciado, era una ilusión. Pero no. Todos, absolutamente todos, habían visto la desaparición instantánea de Nanda-Ji.

Ya más o menos repuestos del fabuloso asombro, comenzaron las preguntas que la mente infantil del ser humano siempre se hace en casos como ese. ¿A dónde habrá ido? ¿Lo llevaría Dios mismo, o un demonio tal vez? ¿Sería un *Shakti*¹ adquirido en otras vidas? ¿Qué había pasado? ¿De dónde venía ese perfume y esas campanas cuyos sonidos parecían no ser de este mundo? Muchos de los sacerdotes se pusieron a meditar sentados en *Padmâsana*, otros a llorar sin contención ninguna. Todos estaban supremamente emocionados y nadie quería abandonar el Templo. No cesaba cada quien de interrogarse secretamente sobre lo acontecido y buscar una solución al hecho. Algo, en fin, para calmar el dolor psíquico que les

¹ Los *Shaktis* son poderes especiales que adquieren algunos *Yogis*, tales como el don de la invisibilidad, etc. Dichos poderes son considerados obstáculos por los Maestros Espirituales, porque distraen al ser humano en su camino hacia Dios.

producía la ignorancia sobre el caso. Los antiguos *Rishis*¹ — pensaban algunos— podían materializarse y desmaterializarse a voluntad. Después de todo, una forma material no es sino un conjunto de moléculas que ayer no estaban unidas, y ahora sí, para volver a desintegrarse mañana... ¿Quién sabe? O bien su cuerpo fue trasladado por algún *Rakhasa*... o semidios... Las conjeturas no cesaban corazón adentro y aunque de sacerdotes se trataba, ninguno de los sacerdotes pudo conectarse con la realidad, que era tan simple que hasta un niño podía haberla percibido.

¿No se reúne el río con el mar? Sí, lo hace, cuando aprende a no detenerse, cuando sus aguas no se apartan de su lecho. Cuando se detienen, se convierte en laguna, charco, o estero... pero al mar no llega. El alma de los santos son ríos inteligentes que jamás se apartan del *Dharma*: por eso llegan al Océano de Bienaventuranza que es Dios, porque le son fieles. Así pues, el intenso amor de Nanda por su Nataraya, lo había convertido en uno con Él. Él y Shiva-Ji, se habían identificado. Hay casos extraordinarios de santos que ascienden a los cielos en cuerpo físico. De ellos, se tiene algo escuchando, pero lo que nunca acontece es que, una vez ascendidos, regresen nuevamente.

¹ Los antiguos sabios videntes de la India que, en virtud de su pureza de corazón y su Amor a Dios, eran capaces de escuchar las revelaciones divinas, las cuales fueron luego compiladas bajo la forma de los *Vedas* o Libros Sagrados Hindúes.

Este fue el caso de Nanda. Cuando su cuerpo desapareció de la faz de la tierra, volvió a manifestarse en las regiones de Indra, el Rey de los Cielos. Los *Devas* querían rendir tributo a esa alma conquistadora de lo imposible: la Unión con Dios. Desde *Indraloka*, seguiría ascendiendo y desaparecería luego, convertido en la misma esencia de *Parabrahman*.

Parte II

¡Qué regocijos sentía su espíritu allí, entre los inmortales, tratado como Dios mismo! Todo era luz en la Corte. Una hueste infinita de santos salió a su encuentro. Estaba Madu, la gran enamorada del Venturoso Señor Krishna. Junto a ella que resplandecía como mil soles, Tukaram, el divino Tukaram al cual Vishnu lo buscara personalmente en su carro de mil estrellas, para traerlo a Amaravati. Junto a ellos, Mikudi, el músico celeste y Moha, el aventurado muchacho que el Señor había elegido para compañero de los Kumaras, los siempre castos entre los *Devas*, y Mrityu, el dios de la muerte, postrado y vencido ante sus pies, y la diosa *Mâyâ* junto a los santos, que sonreía esplendorosamente por ese hijo suyo que nunca más sabría de la vida dentro de un cuerpo... y en medio de todo ese esplendor, ¡ay desdicha increíble!, estaba también el Alma de la Humanidad, y ésta era la única, la minúscula partícula de pesar

en el Cielo, la única sonrisa naufragada en el mar sempiterno de la tristeza. El alma de Nanda no podía creer lo que estaba viendo. ¿Cómo en ese *Mahaloka*, existía algo sin resplandor, sin bienaventuranza? ¿Cómo podía ser posible algo así? Toda su alegría, como copa de cristal golpeada por un hierro, se le trizó en un instante. Elevó entonces sus ojos al Dios de Dioses, su Shiva idolatrado, y se deshizo en lágrimas. Era su modo de preguntar aquello que no podía comprender. Por primera vez en mucho, pero mucho tiempo, cesó en la región de los Inmortales, de danzar la musa de la felicidad perfecta. También cesaron las músicas de las *Vinas* celestiales. Todo fue silencio en un instante. Entonces, habló Krishna el Sublime:

—Verás, ¡oh santo! —dijo—. Cada vez que llega uno de ustedes a estas sagradas regiones, no podemos hacer menos que invitar a nuestra fiesta al Alma de la Humanidad; esta, siempre llora entristecida cuando le es permitido acercarse hasta nosotros.

—Sí —repuso ella, tímidamente—; lloro al ver tanta bienaventuranza aquí, y tanto dolor allá, sobre la Tierra, porque has de saber, ¡oh divino Nanda!, que en *Karma Bhumi*, tan solo una persona de cada cien millones tiene verdadera Fe en Nuestro Señor. Todos pretenden creer en Dios, pero ello es falso, la verdad es que nadie conoce ese sentimiento entre los hijos de Manu, y para demostrártelo, te pondré un ejemplo: si

un esclavo creyera realmente que para romper sus cadenas, todo lo que tiene que hacer es aproximarse al lugar donde se le dice que está el herrero que ha de ser capaz de liberarlo, ¿crees tú que él, no lo haría? ¡Iría corriendo en su búsqueda! Y si un hombre pobre supiera donde se guarda el mayor de los tesoros, fácil de alcanzar por sus manos, ¿crees que no iría por él? En *Karma Bhumi* todos hablan de Nuestro Señor, pero su anhelo de Él es ínfimo, y gigantesca la indiferencia. Así, dan vuelta el rostro y siguen aprisionados por los dos grandes verdugos de espacio y tiempo. Nacen y mueren de continuo, lloran y ríen, cobijan esperanzas y fracasos en infinita sucesión, pero nadie parece hallarse demasiado interesado en despertar de ese largo sueño, como tú lo has hecho... Por eso, cada vez que visito el Cielo, lloro y me angustio. Lloro por mis hijos encadenados, lloro porque no saben el tesoro que abandonan, prefiriendo el lodo al brillo y la pureza de los diamantes. ¿Cómo no llorar? Sería impiadoso no hacerlo... Eso sí, la Tierra mía está cuajada de Templos de piedra, como el de Chidambaram: en cuanto a Templos humanos, muy pocos. Se labran las figuras de los Dioses en las piedras y las maderas, pero no en los corazones que permanecen cerrados con las siete llaves de los grandes apegos.

No agregó nada más, y permaneció en silencio. Los Dioses, que no conocen la tristeza, se sumergieron respetuosamente en sus conciencias bienaventuradas. Entonces, Nanda dijo:

—Regreso. Por favor, llevadme de nuevo al mundo. Seré botero de las almas humanas, les ayudaré a cruzar las orillas de *Mâyâ*, trabajaré denodadamente para quitar los velos ilusorios que recubren sus conciencias.

Y Nanda regresó, con las bendiciones de los Perfectos y el agradecimiento infinito del Alma de la Humanidad. Una cohorte de *Devas* lo escoltaron nuevamente hasta el Templo de Chidambaram, que a partir de ese instante, ya poco le importaba. Había descubierto millones de Chidambarams en estado de completo abandono dentro de los corazones humanos y quería reconstruirlos como pudiera.

De modo que, ante la sorpresa de los dos mil novecientos noventa y nueve sacerdotes, apareció de nuevo su cuerpo ante el *Sanctum Sanctorum*. Es claro que ese Nanda que regresaba era completamente distinto al que conocieran. Todo él era el arquetipo de la paz luminosa del alma.

Una vez repuestos del asombro primero, de la inmensa alegría de tenerlo con ellos luego, los versados en los *Vedas* lo cubrieron de bendiciones y palabras de sincera bienvenida. Ninguno se atrevió a interrogarle sobre su extraña desapari-

ción, pues Dios mismo actuaba velando sus conciencias para que nada preguntaran. Pasados los primeros momentos de efusión, dijo el Jefe de los *Dhiskitars*:

—Santo perfecto, leerás con nosotros el *Rig Veda* y te ilustraremos sobre la gramática sánscrita. La ciencia del *Jyotisha*, la astrología, no tendrá secretos para ti ni tampoco el *Shiva* y el *Linga Purâna*. Estudiarás con nosotros el ritmo de *Sâma Veda*, y el misterio santificado del Monosílabo *Om*. Sabrás sobre la construcción de los altares, su correcta orientación de acuerdo a los puntos cardinales convenientes a cada *Deva*, y los *Yajñas* asignados a cada uno de Ellos.

La letanía de los “sabrás”, “estudiarás”, “leerás” e “investigarás” parecía interminable. Cada uno de esos “sabrás” era una herida abierta en el corazón del santo. Sentía como si todo su ser se estuviera desmoronando de dolor. Y cayó de rodillas, sollozando, y con cada sollozo, allá en lo alto, nacían millones de esperanzas en el corazón de los Dioses.

—No —dijo—. No... el Camino es el Gran Analfabeto, el Gran Mudo, el Inefable Sordo. El Camino hacia Dios, se recorre con un solo paso. El que para andarlo necesita de dos, se pierde en el laberinto de la ilusión.

Y agregó trémulo, temeroso de no ser comprendido, con los ojos llenos de infinita compasión:

—Todo el Camino es el Amor...

Los *Dikshitaras* lo miraron atónitos. ¿El Camino hacia *Brahman*... sin los *Vedas*? ¿Sin los *Yajñas*? Y les surgió un pensamiento tenebroso que era el siguiente:

—Bien se conoce que se trata de un pobre *Paria*... Parecía ser un santo, mas... seguramente que fue raptado por un demonio, un *Asura* de las sombras... Después de todo, los sin casta sienten gran inclinación por ellos... Sí, eso habrá sucedido durante su extraña desaparición: fue llevado a los *Talas*¹ inferiores, a alguna región de tinieblas, e instruido sobre esas blasfemias para que con ellas, desorientara al mundo y arrojará a los hombres en el abyecto precipicio de la nada.

Sabido es que la mente, para movilizarse, necesita apenas de un minúsculo soplo. Una vez activa, comienza a crear castillos en el aire, y a habitar en ellos como si de palacios de mármoles se tratase. Sabido es también que la pobre mente escucha siempre lo que está en su nivel de conciencia, y así, los desdichados sacerdotes sólo entendieron de las palabras del santo que no había que leer los *Vedas*. El por qué, tan bien explicado, lo tomaron con absoluta indiferencia. Tantos *Sankalpas* y *Vikalpas*² mentales, atrajeron inmediatamente a los tri-

¹ Los planos inferiores de existencia.

² *Sankalpa* es agitación de la mente; *Vikalpa* es una modificación mental. Es decir, son pensamientos, deseos, recuerdos, etc.

lizados infaltables: *Kâma*, *Bhaya* y *Kroda*, esto es, deseo, miedo e iracundia, y así se dijeron:

—Si no lo detenemos, echará a perder a todo aquel que se acerque a su presencia.

Y, ya desatada la mente, agregaron:

—Habrá que exterminarlo, pues es un ser diabólico. ¡Ay, cuán equivocados estábamos al creer que se trataba de un verdadero santo!

Y sin más, los mismos que hasta un momento antes lo cubrieran de lisonjas, comenzaron a llenarlo de insultos y a arrastrarlo al exterior del Templo como a un animal. Una vez afuera, buscaron piedras del jardín para lapidarlo, y lo hubieran hecho, si la figura de Kansî —que tal era el nombre del que fuera anteriormente su amo y señor— no se hubiera puesto en el medio para protegerlo. No pudo evitar, sin embargo, pese a todos sus devotos cuidados, que muchas de ellas dieran en el blanco, y así, Nanda, el santo perfecto, honrado por los *Devas* y el Gran Nataraya hasta unos momentos antes, exaltado por las almas de diamante, quedóse desmayado y ensangrentado a la vera de un senderillo al cual fuera llevado con toda premura por Kansî y algunos otros de su primera y bienaventurada comitiva, lejos del Templo, para que los enfurecidos sacerdotes no terminaran su misión asesina.

Extraña, muy extraña es la criatura humana. Puede olvidar en segundos, un milagro, y hasta la manifestación misma de Dios, y puede a su vez, pender de un rencor, de una idea equivocada, de un mal hábito por años sin cuento. En la frágil casa de los pensamientos mal dirigidos, todo se le confunde. Su miopía para con la Verdad es casi infinita. Duerme de noche con los problemas que piensa solucionar al día siguiente, y en horas de la mañana, ya está creándose algunos nuevos sin haber podido todavía resolver los anteriores. Vive temerosa, sobre la tierra, como los tigres en la selva, pero no hace nada por abandonarla. La mente de los *Dikshitaras*, después de todo, era mente humana y así, en un instante olvidaron la demostrada grandeza de Nanda. También, en un instante, Kansi había olvidado su papel de señor y amo, para convertirse en discípulo. En este último caso, por lo menos, la mente obró de modo positivo. Así pues, la entristecida comitiva de los devotos de Nanda se alejó del Templo de Chidambaram para siempre.

El día se había puesto gris. Los cabellos blanquecinos de los dios de la neblina se habían desatado completamente sobre las cosas. Hasta los mismos pájaros pusieron a dormir sus cantos, hasta las mismas flores abrocharon lentamente sus corolas, permaneciendo en sus ramas sin esplendor alguno, como suspiros desalentados del *Deva* de los alegres colores. Sí, todo estaba muy triste. Había como un diálogo entre los innumera-

bles habitantes de la Naturaleza, y éste era un diálogo de angustia. Indra mismo desde el cielo, abandonó sobre el espacio a su bienamada hija la nube Pushpa, que comenzó a llorar desconsoladamente, vertiendo sus lágrimas sobre todas las criaturas de la tierra. Nada brillaba en ella, sólo existía el dolor y la desesperación.

Y así, pausadamente, se apagó la luz de ese día bienaventurado en que un Perfecto había ido y regresado al Cielo, hasta que llegó la noche. Nanda y su comitiva ya estaban lejos cuando se hicieron presentes las primeras sombras. Yendo sin rumbo fijo, encontraron por fin, en un bosquecillo de mangos, una cabaña abandonada.

—Pernoctaremos aquí —dijo Nanda—. En cuanto a mañana, el tiempo es de Dios y Él verá hacia dónde nos lleva.

No agregó nada más.

De los que lo siguieron hasta ese lugar, uno a uno, se fueron retirando lentamente. Volvían a sus hogares, cariacontecidos y desilusionados por el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Lloraban interiormente por ello, pero nada decían. La duda les trepaba por el alma como una enredadera diabólica. ¿Era Nanda realmente un santo, o todo había sido una ilusión de los sentidos, una fantasía, una sugestión?

¡Quién sabe! Convenía esperar, y mientras tanto, seguir con sus vidas tal como antes.

El único que permaneció con el santo fue Kansí. Él mismo no sabía por qué. Sus pies se habían tornado de hierro y no deseaban moverse del lugar donde Nanda se hallaba. Era prisionero de una intuición y ella le decía que debía quedarse. Así lo hizo, en medio de mil desasosiegos.

Es fácil amar a un Maestro cuando todos lo veneran. Cuesta hacerlo cuando el mismo es despreciado y desprestigiado por los demás. Hay que ver muy claro para no dejarse influir por los acontecimientos exteriores, hay que ser nave de primera para no sucumbir ante los fuertes vendavales en medio de la mar, y quien ve claro no es jamás el intelecto sino el corazón.

Súbitamente, Kansí descubrió que amaba a Nanda más allá de todo razonamiento. Su sentimiento era completamente auténtico, como que era completamente ciego, y cuando decimos ciego, queremos decir ciego a las interferencias de la mente. El amor a un Maestro es una bendición que Dios otorga a muy pocos. Sólo a quien Él quiere salvar de caer en el abismo de las *Gunas*, sólo a ese bendito afortunado, le da la posibilidad de Amar a su *Guru*. Los pierde a los otros, haciendo que recuerden siempre sus imperfecciones y tan sólo débilmente las virtudes de su Guía en el Camino. Quien recuerda lo malo, es

porque está habitado por el mal, y quien sólo de lo bueno de los otros alimentan su memoria, es porque la bondad ha tomado refugio en su corazón. Ese es el secreto, de modo que cuando decimos que Dios elige y Dios salva, queremos significar Dios dentro de nosotros, no fuera nuestro, pues si hay Casa donde Dios Nuestro Señor habita, es precisamente, el corazón de sus criaturas.

El día siguiente amaneció límpido y soleado como si con éste, su nuevo esplendor, hubiera deseado hacer olvidar el rostro gris del que le precediera. Por otra parte, el bosquecillo de mangos era en realidad una bendición y Nanda decidió permanecer en él. Se hallaba lejos de cualquier aldea, el mundo estaba distante y sólo Su Amado Señor existía. Por el momento, allí se quedaría.

Salió por impulso del hábito a buscar sus amados arrozales donde pese al trabajo y la fatiga, fuera tan feliz en los días pasados. Contemplando la blancura exquisita de sus granos, que tenían como madre al lodo tenebroso, él había aprendido grandes enseñanzas.

—Increíble —se decía—, que este cenagal habitado por insectos y alimañas, sea el secreto origen de esos maravillosos granos blancos.

Y levantaba los terrones húmedos para llevárselos hasta los labios y cubrirlos de lágrimas y besos.

—De igual modo, Dios Santo, desde la oscuridad de nuestras angustias cotidianas, se eleva poco a poco el lirio blanco de la sabiduría interior. ¡Nataraya, Nataraya!

Como en el bosquecillo de mangos no había arrozales, se las ingenió para continuar unido a su Padre Celeste admirando los frutos que pendían mansamente de las ramas. Los pájaros de la alegría, que por otra parte jamás habían abandonado el corazón de Nanda, volvieron a desplegar sus alas hechas cantos.

Y como era un *Bhagavatar*, pasó ese primer día de su exilio envuelto en las sedas finísimas y armónicas de la música. Cantaba. Las aves heridas también cantan, y así lo hacía el corazón de Nanda, ante el asombro total de Kansí que no lograba explicarse en su torturada mente cómo, luego de lo acontecido, a esa bendita alma le restaban fuerzas para el canto y la devoción.

—Al Amor no hay que darle tregua —decía su Maestro—. No hay que darle tregua nunca. A mayor desventura, mayor Devoción hacia Nuestro Señor. Quien ordena en el mundo átomos y estrellas, ¿no podrá ordenar la pajuela de la vida humana? ¿No sabrá lo que a cada quien le favorece más, el que

ha prodigado su ternura a manos llenas en la Casa del Mundo? ¿Iremos con lágrimas y desasosiegos, a enlutar el corazón nuestro, que es su residencia, atemorizados por un accidental oleaje del mar de *Mâyâ*, que se abate sobre esta frágil barca de la vida?

—Debemos vivir más allá del tiempo miserable ¡Cada minuto, cada hora, cada día, cada año, es una cadena de desventuras! El Hombre es Nataraya y Nataraya es el Hombre. El Hombre y Nataraya son la misma Eternidad, la misma Plenitud y Bienaventuranza. ¡Canta, Alma, Canta! ¡No te contemples en el espejo de los acontecimientos cotidianos, olvida la memoria miserable del yo, y reconquista la Gran Memoria! Tú eres Hija del Cielo. Vive en Él desde ahora, no te lamentes por la pequeña herida de la vida siempre tan cargada de males. No has sembrado todavía, en las tierras de la esperanza una nueva ilusión, cuando ya se alistan los vientos del infortunio para cegar el cuerpo de la plantuela próxima a alzarse desde esa tierra desdichada.

Kansi lo escuchaba, conteniendo lágrimas y sollozos. Contemplaba el rostro de su Maestro, descubriendo sobre él, las marcas de los castigos que se le infligieran. Sobre el costado derecho de la frente, abierta como un lirio rojo, una herida mostraba el paso de piedras y látigos. Oscuros moretones ha-

bitaban sus mejillas, y hasta uno de sus ojos, a consecuencia de los golpes, se hallaba semicerrado.

Kansi, entonces, se arrojó a sus pies, como un perrillo fiel ante su amo. No quería pensar: todo lo acontecido era demasiado para que su pobre mente buscara una explicación. Nanda le acarició los cabellos.

—Ama —le dijo—. No interrogues nada a la Vida, simplemente, acepta lo que ella te depare, porque la Vida es Dios en Su Taller, trabajando por ti, para tornarte Perfecto.

—¿Cómo no he de sufrir, viendo tus golpes y heridas, mi señor? —dijo Kansi con un hilo de voz.

Y Nanda, sonriente le repuso:

—No son golpes ni heridas, Kansi... todo ello, es simplemente el trabajo de Dios ¡Si supieras cuántos *Dikshitaras* han conocido el arrepentimiento merced a estos humildes flagelos! Si por un milagro pudieras asomarte al Templo de Chidambaram, los verías arrepentidos a los pies de Nataraya. Ahora mismo, muchos de ellos se han tornado más buenos y más puros. La violencia los ha abandonado para siempre, y nunca más herirán a criatura alguna. Al hombre iracundo, su misma ira desatada, le otorga la mayor de las lecciones...

Y agregó:

—La ira es la oscura semilla del Amor. Espera a que se levante de las tierras negras del *Avidyâ*, y verás cómo entrega sus flores y sus frutos con mano pródiga. Todo lo que debes tener, es paciencia. Si sabes esperar, cada grito se transmutará en un canto... pero... tienes que saber esperar: esa es la más grande de todas las virtudes.

...Y cuando Kansi, en los días subsiguientes, le preguntaba cómo nacer al Amor a Dios, cómo despertar en el alma la sagrada Devoción, Nanda lo llevaba tomado de la mano, hasta el corazón del bosquecillo de mangos. Allí, le señalaba un brote recién nacido, un gusanillo, una mariposa, un ave, y le decía:

—Admíralos, pon tu alma de rodillas ante Sus Obras, no pases ante ellas como los ciegos, observa la caricia de Sus manos en todo lo creado, descubre Su Inteligencia dibujando pétalos y hojas. Cuando puedas dialogar con tus hermanos del mundo, fácilmente llegarás al Padre... La indiferencia para con los primeros, engendra indiferencia para con nuestro Adorado. No es leyendo los *Shâstras* cómo llegarás a descubrirlo. Quiérello en los tallos de sus jazmineros, en sus lozanas rosas y sus mustias hojas de Otoño. Abre tus ojos interiores, permanece atento a Su Trabajo, y Él, lentamente, irá habitando todo tu Ser. Sentirás entonces que el Amor te crece por dentro. El Amor es luz. Toda sombra interior se desvanece ante su encendida lámpara. Cuando Él te habite no te importará dónde

estés, ni quien eres para el mundo, si Rey o mendigo, ni lo que te den, sean honores o vituperios, pues tu Conciencia ya no habitará en el cambio, ya no se entenderá con el movimiento, permanecerá indiferente ante las innumerables transformaciones. ¡Oh Kansi! ¡Es bienaventurado el espíritu capaz de dialogar con Dios a través de Su Creación!

Cierta vez, abandonaron el bosquecillo de mangos, y se internaron en la selva cercana. Allí, un cazador había atrapado a un gigantesco oso de oscuro pelaje entre hierros que lo atormentaban. Los alaridos del animal eran la encarnación misma del dolor. Tenía una de sus patas traseras fuertemente aprisionada en la trampa. Cuanto mayor era su esfuerzo por liberarse de ella, los filosos dientes de hierro del instrumento demoníaco, más se hincaban en sus carnes como dientes malditos. Nanda se acercó al animal; éste, lo contempló por un instante, y luego, como un niño que se queja de un mal ante la llegada de su madre, cambió sus gritos estentóreos por un leve sonidillo de angustias donde fácilmente se leía entrega y confianza. Nanda se inclinó ante él, y con extrema delicadeza, liberó su pata de la trampa. El oso no se movió. Nanda tomó un poco de tierra mojada y le untó la herida protegiéndola con ella, y acarició luego el miembro dolorido con todo el amor del mundo. El inmenso animal permanecía quieto, como cogido por la misma tierra. Nanda entonces se puso de pie. No bien lo hubo

hecho, el oso desapareció instantáneamente, apareciendo en lugar suyo, un ser infinitamente luminoso.

—Nanda —le dijo—, esta criatura que has visto es el alma del ser humano, y la trampa es el apego que la mantiene prisionera en los reinos del dolor. Soy Nandi, el Servidor Celestial de Nataraya. Él te recuerda, a través mío, que deberás trabajar para la Liberación espiritual de la criatura humana. Ha pasado el tiempo. Regresa a Chidambaram y predica tu Evangelio del Amor. No es eterna la vida, ni siquiera la de las estrellas. Tu plazo en la Casa de *Mâyâ* es breve ya.

Nanda se postró a sus pies con amor infinito.

—Haré como dices —repuso—, totalmente olvidado de los acontecimientos del pasado, y las heridas que le infligieron sus falsos jueces.

El bendito ser luminoso desapareció instantáneamente. Todo permaneció en silencio.

Nanda dijo entonces a Kansi:

—Apresurémonos a cumplir lo encomendado. Debemos regresar a Chidambaram.

Kansi se llenó de angustias ante el solo nombre de Chidambaram.

—Has sufrido mucho allí, señor —dijo—. Te han herido y golpeado con decenas de látigos, apedreado, insultado. Te han llamado impostor, falso. ¿Cómo quieres regresar allá?

Nanda sonrió, y el día, estalló en mil soles.

—Un día, eres un feto, un embrión, luego un niño, después un joven. Mañana, serás un anciano. ¿Cuál es el tiempo que permanece? ¡Oh Kansi, ninguno! ¡Sólo nuestra memoria le otorga el ser, que él no posee! Iremos a Chidambaram por vez primera. No ates tu corazón a la muerte... El ayer es justamente eso, la muerte.

Caminaron durante toda la noche y parte del día siguiente. A media mañana, divisaron las torres maravillosas del Templo de Nataraya. La noticia de la llegada del santo se extendió como la luz del Sol sobre las sombras cuando nace la aurora. Los primeros en llegar y postrarse a los pies del Bendito, fueron, precisamente, los sacerdotes del Templo.

—Desde que te fuiste, señor, no hemos dormido ni comido bien. Pocos de nosotros se han atrevido a ingresar al Templo. Nos viste el dolor, el arrepentimiento y el desasosiego. Te hemos buscado por todas partes para implorar tu perdón, pero Dios no ha querido que te encontremos. Somos los esclavos de *Avidyâ*. El error que nos habita, es hijo suyo. Por eso somos malos y dogmáticos. Nos aferramos a nuestras Escrituras co-

mo el ciego a su bastón, porque es lo único que nos ayuda a no caer. Faltos de luz como estamos, nada sabemos de Dios, las leyes del Cielo nos son desconocidas... Te imploramos humildemente, nos acojas en la nave de tu sabiduría para que el mar de *Mâyâ* no nos ahogue...

Al llegar a Chidambaram, comenzaron a sonar las campanas de todos los Templos.

—¡El santo! ¡Ha regresado el santo Nanda-Ji! —exclamaba la gente alborozada. Todo se vistió de fiesta y alegría. Los pasados y tristes acontecimientos se habían diluido como gota de tinta en el mar.

Nanda predicó, a partir de ese día, la sagrada doctrina del Amor. No todos comprendían sus palabras. Encadenados a sus *Shâstras*, los sacerdotes ortodoxos escuchaban sus enseñanzas como si las mismas llegaran desde muy lejos: la muralla de sus dogmas, apenas si permitían el ingreso de la Sabiduría.

—Hay un *Mahashâstra* —decía Nanda—, leed en él y os acercaréis a Dios. Ese *Mahashâstra* es la vida misma en todos sus reinos. Descubridla con los ojos del corazón. No preguntéis nada, simplemente, mirad con los ojos de la inocencia cuanto os rodea, porque los ojos de la inocencia, son el altar de Dios, y su sacerdote es el silencio de la mente. La voz del Sol es su luz. No tengáis temor a volveros mudos interiormente. Tened ver-

dadero horror a la palabra que agrede: las espadas que hieren y matan, nacen en su fragua maldita...

El tiempo pasó, y muchas y maravillosas fueron las enseñanzas de Nanda. Poco a poco, hasta los más reacios entre los sacerdotes, fueron deponiendo sus dudas, hechizados por las sagradas y simples enseñanzas de aquel a quien alguna lejana vez, consideraran un impostor.

Una tarde, se lo vio a Nanda-Ji dialogando con un niño en los jardines del Templo. Realizaba ante él cultos de adoración, lo cubría con las hojas del sagrado árbol *Bilba*, y se prosternaba ante su figura diminuta con devoción infinita.

Kansi, su viejo discípulo, que lo seguía como la sombra al cuerpo, interrogó al santo sobre el pequeño.

—Es Nataraya —dijo Nanda—, que viene a buscarme. Abandono las regiones de *Mâyâ* para siempre.

Kansi comunicó la triste noticia a sus ya innumerables discípulos. Fue día de dolor para los habitantes de Chidambaram, que lloraban desconsoladamente por lo que consideraban una pérdida inmensa.

Al atardecer del día siguiente, los dos mil novecientos noventa y nueve sacerdotes formaron un inmenso círculo alrededor del Niño Divino y del santo Nanda.

Súbitamente, atronó en cielos y tierra el sonido del *Tamarú* divino. Alguien danzaba en todos los cuerpos, en el aire, en el fuego, en las aguas, en la tierra, dentro de los corazones, en las almas, en la esencia de la vida misma.

Todo otro canto había cesado; sólo el tan-tan del tamboril sagrado resonaba con ritmos misteriosos. Este era el oculto ritmo de la semilla al nacer, de la estrella generándose, del Universo entero abriéndose paso desde la oscuridad de lo inmanifestado, hacia la inteligente manifestación. Los capullos de loto de los estanques cercanos, pese a la hora que ya prelu-diaba la noche, abriéronse súbitamente, emergiendo de ellos un intenso y maravilloso perfume. Luego las *Champakas*, los jazmineros, los rosales semidormidos a la escasa luz de ese bendito atardecer, cobraron vida desplegando los pétalos de sus corolas, con vigor inusitado. Y hasta los frutos de los mangos gigantes, verdes en esa estación del año, cambiaron sus túnicas esmeraldas, por la ambarina de la madurez. El cielo en su totalidad, fue cubierto por una luz tenuemente rosada cuyo esplendor era indescriptible.

Cuando todos los allí presentes salieron de su arrobamiento para dirigir la mirada al centro del inmenso círculo, descubrieron con dolor que el Niño y el santo habían desaparecido. Nanda regresaba al Todo por la inefable vía del Amor, que él había escogido. Poco a poco cesó el sonido del *Tamarú* sagra-

do, los lotos volvieron a su sueño nocturno y la vida sobre la tierra, continuó su ritmo milenario. Pero ya Chidambaram no volvería jamás a ser el mismo, porque la Fe Perfecta la había visitado, sembrando en los corazones una infinita sed de Cielo, una inmensa nostalgia por el hogar del Único, al cual regresan aquellos que realmente lo anhelan.

Kansi quedó profundamente desolado, mas, fiel a las enseñanzas de su Maestro, se dedicó hasta el fin de sus días, a sembrar sus enseñanzas por todos los caminos. Con el dinero que tenía, abrió monasterios y fundó Templos, y cuando, a su vez, le tocó abandonar su cuerpo físico, resplandecía en su rostro la sonrisa sabia de los seres benditos. Esta le subía desde el corazón, maduro ya para la verdadera Entrega. Muerto su pequeño yo, Kansi el amo, Kansi el discípulo, había conquistado, por la Gracia Divina, su lugar en la Sagrada Barca que cruza a los seres de las orillas del tiempo, a las otras orillas de la Eternidad.

Del libro Santos y enseñanzas de la India, Ed. Hastinapura
